



Fig. n.º 101.- Cabrera Bonet, Rafael (editor) (2015): *Raíces y toros*, Madrid, CEU Ediciones, 252 páginas.

Nueva entrega (y ya es la novena) de las exposiciones (una vez pasadas por el tamiz de la escritura) desarrolladas en el marco de los ya veteranos encuentros del “Aula de Tauromaquia”. Esta vez son también nueve los textos entregados y editados por Rafael Cabrera Bonet, alma de los ciclos de conferencias y editor de las publicaciones consiguientes, que en esta ocasión se encarga además de la introducción y de dos de las piezas incluidas en el volumen.

Las cinco primeros textos (la primera parte del libro) versan sobre el toro, mientras los cuatro restantes (la segunda parte) se ocupan de las corridas y los toreros. Encabeza el cartel Antonio Purroy, catedrático de Producción Animal de la Universidad Pública de Navarra, con un apunte sobre las condiciones que ha de reunir el toro bravo, que termina expresando un desiderátum: «Pero lo que es auténticamente necesario para la Fiesta es la reivindicación de la autenticidad del toro de lidia, con trapío, con defensas intactas, bravo en la suerte de varas y nobleza encastada en el último tercio. Si además se consigue atraer poco a poco a la juventud a los toros, tendremos ganada la lucha por la continuidad de la Fiesta».

Antonio Morales Arias, por su parte, reivindica la temprana existencia de verdaderas ganaderías en los términos de Segura de la Sierra desde las primeras décadas del siglo XVII, cuando aparecen además los famosos “toros colorados” (o “rubios” o “rubios tostados”), que están en el origen de la casta Jijona. Una serie de documentos laboriosamente espigados de los archivos y una panoplia de magníficos cuadros genealógicos dejan paso a la semblanza de Julián Martínez Zorrilla, el cura de Orcera, singular personaje que si no fue el primer ganadero de la comarca «sí fue, con diferencia quien dedicó más tiempo y esfuerzo a la crianza específica de toros bravos para su posterior venta como tales», al menos desde el año 1739.

Koldo Larrea nos ofrece una serie de datos fidedignos de la edad de oro de la casta navarra de reses bravas en relación con su presencia en los cuatro cosos que se sucedieron en la ciudad de Pamplona a lo largo del siglo XIX, con especial atención a los toros presentados a concurso y a los indultos que les fueron concedidos, pero sobre todo singularizando las principales ganaderías, de nombres bien conocidos: Zaldundo, Carriquiri, Poyales, Lizaso, Pérez de Laborda, Guendulain, Díaz, Elorz, Bermejo...

Rafael Cabrera estudia en profundidad (es decir, a su estilo de investigador concienzudo) la corta trayectoria de la ganadería (adquirida a la viuda de Murube a finales de 1906) de Juan Contreras y Murillo, asentado en la localidad pacense de Burguillos del Cerro, cuyos toros fueron lidiados por los más famosos toreros del momento (especialmente por *Joselito*, Juan Belmonte y Rafael *El Gallo*) a lo largo de toda la segunda década del siglo XX, hasta 1920, cuando se ya se había visto obligado el año antes a venderla en dos partes a los salmantinos hermanos Ildefonso y Fernando Sánchez Rico y a su tío Juan Sánchez llamado *Juan Terrones*.

Cierra la sección dedicada al toro un complejo estudio estadístico de los porcentajes respectivos de la “heredabilidad” de los distintos caracteres de comportamiento de las reses bravas, merced a la selección genética y a los entrecruzamientos entre ganaderías y/o encastes. Al final, se ofrece un llamativo cuadro (obtenido a partir de una muestra de más de treinta y cinco mil toros bravos) sobre los niveles alcanzados en la herencia de los rasgos considerados más relevantes: bravura, “torea-bilidad”, fiereza, fuerza, movilidad, recorrido, “meter la cara”, nobleza y fijeza.

Abre la segunda sesión un largo artículo de Rafael Cabrera (de nuevo) sobre los primeros pasos del toreo moderno en el Madrid dieciochesco. Desde su autoridad, vuelve a desmentir la existencia de una supuesta ruptura con el toreo barroco del último de los Austrias a causa de la entronización de la dinastía borbónica, alegando la lenta transición a un nuevo toreo caracterizado por la mayor presencia de los lidiadores de a pie, el mayor protagonismo de los varilargueros y el progresivo desinterés de la nobleza por los tradicionales ejercicios del rejoneo caballeresco. Esta evolución se sigue paso a paso (con el concurso de la documentación extraída de los diversos archivos madrileños), al tiempo que se pone un especial énfasis en el

papel de las sucesivas plazas de toros que se construyeron en las afueras de la primitiva puerta de Alcalá a partir de 1739, hasta llegar, como epílogo, a las corridas celebradas en ocasión de la entrada de Carlos III en la Villa y Corte, las que festejaron la boda del príncipe de Asturias y las que conmemoraron la llegada al trono de este mismo príncipe con el nombre de Carlos IV.

Sigue un espléndido estudio del reconocido especialista Jesús María García Añoveros sobre el famoso (y un tanto elusivo) escrito de Luis María de Salazar (luego conde de Salazar) publicado anónimamente en 1835 bajo el título de *La Tertulia o el Pro y el Contra de las fiestas de toros*, y luego, en 1842, bajo otro título, objeto de una segunda edición, la cual (dicho sea de paso) nunca he conseguido ver pese a mis muchos esfuerzos en tal sentido. El autor enmarca en su contexto, explica todos los entresijos y, en resumen, da cumplida y definitiva cuenta de un texto capital para dilucidar la controversia entre taurinismo y antitaurinismo en la época de la Ilustración.

Por su parte, Ignacio de Cossío reivindica la figura del sevillano Manuel Jiménez *Chicuelo*, un diestro injustamente olvidado (salvo por su invención de la “chicuelina”), pero que era un «torero estilista y pinturero a la media distancia, de gracia e imaginación creadora, de toreo aterciopelado, de carácter reservado e inteligencia natural». Y, pasando una rápida revista a su biografía taurina, se detiene en la famosa corrida madrileña del 24 de mayo de 1928, en aquella tarde en que *Chicuelo* dio lo mejor de sí, sacando a relucir todos los recursos de su amplísimo repertorio, en «aquella (tarde) en la que sus mágicas “chicuelinas”, “navarras”, sus inverosímiles “delantales”, sus alegres “galleos” con el capote alto, sus personalísimos cambios de manos improvisados y su batería de adornos tan llenos de gracia como de belleza se dieran cita», hasta el punto de hacer exclamar al crítico Federico Alcázar que había sido «la obra de un dios, de un iluminado, de un loco sublime y genial».

Finalmente, Domingo Delgado de la Cámara nos ofrece su personal visión de los toros durante la época de la dictadura de Franco, a quien no estoy tan seguro de que la historia futura juzgue con la benevolencia que el autor cree, sino todo lo contrario. El periodo queda aquí repartido entre tres generaciones que se sitúan entre dos “colosos” que son *Manolete* y *El Cordobés*. En los años cuarenta destacan Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel *Dominguín*, mientras en los años cincuenta lo hacen Julio Aparicio, Manolo Vázquez y Antonio Ordóñez, para llegar a los sesenta con Diego Puerta, Paco Camino y *El Viti*. Después de una justificación de sus opciones y de una valoración de las cualidades de los principales diestros, el autor nos despide con un diagnóstico del momento presente, en el que deja escapar unas gotas de pesimismo (basado en la constatación de un *shift* de raíz sociológica, en el hecho de que España ha pasado de ser un país rural, agrario y católico a ser un país urbano, industrial y laico): «A partir de ahora la afición a los toros será cosa de una minoría castiza. Y esto es peligrosísimo, pues si la fiesta ha sobrevivido y los políticos no le hincaron el diente, fue por el apoyo popular que la respaldaba. Sin este apoyo popular el futuro se presenta muy incierto».

En suma, después de este rápido *excursus* por esos nueve artículos nueve, no puede quedar duda de que nos hallamos ante una perfecta edición de los interesantísimos resultados obtenidos del último ciclo de conferencias del “Aula de Tauromaquia”, a la que sólo cabe desear que su labor tenga continuidad, como dirían los clásicos, *per multos annos*.

Carlos Martínez Shaw
Fundación de Estudios Taurinos